

China, el sueño del retorno a lo grande

Xulio Ríos

Veinticinco años después de la disolución de la Unión Soviética, el Partido Comunista de China (PCCh) persiste en su lectura negativa de la perestroika. Aún hoy, cuando el gigante asiático se enfrasca en la que considera última etapa de su proceso de modernización, con el cambio en el modelo de desarrollo que le ha catapultado a la condición de segunda economía mundial, las advertencias contra el debilitamiento del Partido o la bajada de guardia ideológica retumban en los corredores de Zhonnanhai. Ya no hay “dos soles en el Cielo” –invocación a la contienda surgida en los años sesenta entre el comunismo soviético y el maoísmo-, pero lejos de amilanarse frente al triunfo del liberalismo, en Beijing se insiste en recorrer un camino propio que tanto se aleje de aquella experiencia malograda como de los cantos de sirena provenientes del lado vencedor de la guerra fría en pro de una democracia pluralista. Como dijera Eduardo Lourenço, el muro de Berlín cayó para ambas partes. Y China atiende a todo pero está a otra cosa.

En los años transcurridos desde entonces, el PCCh logró recuperarse de la grave crisis de Tiananmen (1989), tras la cual no pocos avizoraban el inexorable fin de su dinastía orgánica. Pero el éxito económico, a pesar de las crisis y las contradicciones, ha relegitimado el liderazgo del Partido ante una sociedad que espera con ansia el agasajo del bienestar tras décadas de ingentes sacrificios. En esa trayectoria, justo es reconocer también un esfuerzo constante de adaptación a las nuevas circunstancias, lo que ha facilitado una supervivencia por la que pocos, entonces, apostaban.

La reforma y la apertura en China se inició (1978) antes que la perestroika (1985) pero en ambos procesos fluía el afán de renovar un proyecto cada vez más consciente de sus límites. En China, esto se acompañaba de dos variables adicionales y a la postre superiores en cuanto a su solidez. De una parte, el sueño de la recuperación de la grandeza perdida; de otra, el paralelo renacer de la gran civilización y cultura china. Y ese proceso de galvanización nacionalista solo podía ser factible garantizando la hegemonía del PCCh. Por el momento, la ecuación funciona.

El sueño chino que anuncia el actual líder chino Xi Jinping (desde 2012) es la suma de esas aspiraciones y sintetiza un afán que trasciende en sus orígenes al propio PCCh (1921), aludiendo al primer desencuentro con Occidente, las guerras del Opio, que acentuaron la humillación y la decadencia del viejo Imperio del Centro. En dicho contexto, el PCCh se habría revelado como el instrumento históricamente idóneo para actualizar el mandarinato tradicional a fin de asegurar la recuperación de la posición central de China en el sistema internacional, cerrando dos siglos de ausencia. Ese regreso al mundo es una clave sustancial, el eje de ruptura con siglos de existencia previa en los que el imperio vivió ensimismado dentro de la Gran Muralla. China nunca más cerrará sus puertas al exterior.

Cuatro figuras clave

Pese al duro revés que supuso la crisis de Tiananmen, Deng Xiaoping (1904-1997), el viejo corcho que siempre salía a flote de las idas y venidas de Mao, no sucumbió a las tendencias más conservadoras y siguió apostando por la reforma. Deng aupó entonces a Jiang Zemin, quien ostentaría una de las jefaturas más longevas de la reciente historia china (1989-2002), asentando un *modus operandi* basado en el consenso en la toma de decisiones y en la concentración máxima del poder (Partido, Ejército, Estado) como garantías para evitar la reaparición de las divisiones internas y las luchas fratricidas. La experiencia de la Revolución Cultural (1966-1976) y el maoísmo marcó a los pragmáticos, herederos y continuadores de Liu Shaoqi (1898-1969), y dio paso a una nueva institucionalidad.

La figura de Jiang Zemin queda históricamente asociada a la recuperación de la soberanía sobre Hong Kong (1997) y Macao (1999) y el ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio (2001) pero no es menos importante su contribución a un largo y anhelado periodo de estabilidad política y progreso económico.

Su sucesor, Hu Jintao (2002-2012), designado por Deng antes de su muerte, desarrolló una política básicamente continuista pero incorporando algunas innovaciones y sensibilidades que ahora forman parte esencial de la agenda china, desde la reforma social a la inquietud ambiental, el impulso tecnológico o una mayor participación en los asuntos globales. Además, Hu debió lidiar con la crisis económica global (2008), que en buena medida le obligó a moderar unas reformas estructurales que hoy son inaplazables. En cualquier caso, el tiempo de Hu Jintao queda asociado a los Juegos Olímpicos (2008) que simbolizaron el fin de la modestia china, devoto de una visión a cada paso más clara de sus intereses en el mundo y de su disposición a defenderlos dejando atrás anteriores complejos y ambigüedades.

Una evolución ideológica con líneas rojas

El “socialismo con peculiaridades chinas” con el que Deng Xiaoping legitimó el abandono progresivo no solo del maoísmo sino también de otras variables indisolublemente asociadas al modelo clásico de socialismo, ha experimentado en estos años algunas innovaciones que merecen ser destacadas. De una parte, la formulación del principio de la “triple representatividad” que quebró formalmente el tabú del ingreso de los nuevos ricos en el PCCh (junto a las fuerzas más avanzadas de la cultura y de la sociedad). Muchos vieron en ello el atisbo de una socialdemocratización del Partido pero la realidad lo ha desmentido.

Asimismo, el concepto del “desarrollo científico” aspira a conceptualizar la importancia de promover un tipo de desarrollo en el que la ideología no sea una cortapisa, remitiéndose a la objetividad de los procesos económicos y sociales para determinar si tal o cual fórmula o mecanismo contribuye al desarrollo y al bienestar, en suma, a acelerar el proceso de modernización del país.

En ambos casos, tanto en la relativización del PCCh como vanguardia del proletariado a través del fomento del interclasismo en sus filas, como del impulso de un tipo de

desarrollo capaz de liberar las fuerzas productivas sin estar pendientes de su categorización ideológica (papel del mercado, de la economía privada o de la liberalización en el uso y aprovechamiento de la tierra rural, por citar tres casos relevantes), el omnipotente papel del PCCh y su vocación de control de todos los segmentos de la sociedad persiste como clave político-institucional irrenunciable.

En igual medida, cabe hacer mención del significativo fomento por parte del PCCh del confucianismo o, mejor dicho, de aquellos aspectos del confucianismo que pueden resultar de utilidad tanto para evitar derrapes sociales como consecuencia de la actual confusión ideológica y blindar la penetración de idearios hostiles como igualmente para reivindicar los atributos y bondades de su modelo civilizatorio. La creación de los institutos Confucio (2004), esparcidos por todo el mundo en un tiempo récord, evidencia un auge del pensamiento clásico que gana no solo adeptos anónimos sino también acomodo institucional, no siempre pacífico, en las directrices políticas suscritas por el PCCh. Este despertar filosófico-cultural coexiste con la represión sin contemplaciones de movimientos (Falun Gong) o religiones (de corte cristiano, sobre todo) en la medida en que sean identificados como rivales.

La democracia también ha ganado presencia en el discurso político del PCCh, primero, desde la perspectiva electoral y de base (elecciones de los comités de aldea, en un ejercicio inédito de democracia directa) y más tarde en el seno del propio PCCh, con más atrevimiento en el periodo de Hu Jintao. Si algo queda claro de esa evolución es que el PCCh no aboga por una democracia pluralista y reacciona con mucha irascibilidad ante cualquier manifestación de hipotética competencia o animosidad ideológica. Solo consentirá aquello que le permita reforzarse.

Es por ello que, en paralelo a la profundización de las reformas económicas, el discurso democratizador se ha encauzado por la vía del diseño de mecanismos para luchar contra la corrupción –gravísima lacra- o controlar el poder, pero siempre rehuendo del protagonismo activo de la sociedad. Incluso las esperanzas de un diálogo más rico con los ocho partidos autorizados o con personalidades independientes, ha perdido fuelle en el último lustro.

El vaticinio compartido por muchos de que la profundización de las reformas orientadas al mercado conduciría inexorablemente a una reforma política de signo liberal parece menos claro que nunca. El mismo actor que promueve una cosa impide la otra, lo cual genera desilusión en quienes confiaban en un paralelismo automático que parte de un equívoco común: la idea de que los comunistas chinos lo son solo superficialmente.

En conjunto, el PCCh ha construido en estos años un discurso ideológico más rico y coral que tanto evita la confrontación abierta y directa con los preceptos occidentales remitiendo a una demanda de más tiempo para su incorporación, como reivindica una vía propia y adaptada a sus singularidades de todo tipo. Hoy día, en ese proceso, cuando más cerca parece estar el sueño del retorno al epicentro del sistema internacional, el PCCh cierra filas hasta el punto de equiparar cualquier concesión a una traición y a identificar en las demandas de Occidente respecto a la inflexibilidad de su sistema

político un caballo de Troya para evitar la culminación de una modernización que pone en riesgo la hegemonía ejercida en los últimos siglos.

El futuro del PCCh plantea numerosos interrogantes, pero en un tiempo más o menos previsible, no parece que sus días estén contados. Sería imprudente eliminar todo riesgo de crisis, pero pese a las dificultades del momento conserva aun márgenes sustanciales de maniobra e incluso en lo económico su horizonte alberga posibilidades de crecimiento. Por otra parte, externamente, puede contar aun con poderosos aliados interesados en preservar el statu quo en tanto en cuanto China siga proveyendo de beneficios.

El margen de maniobra del PCCh es mucho más amplio del que se imagina en marcos convencionales. Y ello se debe a una doble interiorización. Primero, la inducida por el pensamiento marxista, al que no renuncia y le suma esa voluntad leninista de permanencia en el poder como sinónimo de garantía del rumbo socialista por más que el ímpetu emancipador pareciera alejarse más cada día; segundo, la creciente empatía con la propia tradición cultural y burocrática en la que encuentra un factor añadido de legitimación, a despecho de las primeras oleadas críticas con el pensamiento tradicional, especialmente durante la etapa maoísta.

El afán de evitar que el país recaiga en una nueva espiral de declive y que logre poner fin a las humillaciones históricas y lo que parece una capacidad inagotable de adaptación a las nuevas realidades le confiere al PCCh un plus que no debiera despreciarse. No obstante, cabe señalar que tampoco goza de un apoyo incondicional de la sociedad china, cada vez menos resignada a aceptar los derrapes éticos de la oligarquía dirigente, las injusticias, la censura, el deterioro ambiental o el ninguneo de sus derechos. Por lo demás, a nivel territorial, sus quiebras son importantes, ya nos refiramos a los problemas con las minorías o las dificultades para controlar las provincias de la mayoría Han.

El reformismo económico

El gradualismo y la experimentación, el afán por ensanchar los límites de la ortodoxia, han caracterizado los años de la reforma en China. Así, sin abandonar del todo la planificación, el papel del mercado fue ganando presencia cada vez más; sin liquidar del todo la propiedad pública se ha promovido otras formas de propiedad; sin descolectivizar del todo el campo, se promovieron fórmulas de usufructo individual que sin embargo no han alterado la naturaleza de la propiedad, etc. El modelo chino resultante es una suma de rarezas que configuran un sistema propio marcado por el hibridismo sistémico.

Si bien la “economía de mercado” es aceptada constitucionalmente (desde 1993) y la propiedad privada es reconocida como fundamento del desarrollo del país (desde 1999), la planificación y el peso de lo público siguen ejerciendo una muy poderosa influencia. A la espera de nuevas reformas, los monopolios estatales, ubicados en los sectores

estratégicos, garantizan al PCCh el control de buena parte de la base productiva y del rumbo general de la economía.

En esa trayectoria, con ritmos anuales de crecimiento de dos dígitos que asombraron al mundo, las reformas han sido constantes y a pesar de ello es mucho lo que queda aún por hacer, como reconocen las propias autoridades actuales.

La llamada “nueva normalidad” explicita esa nueva fase de su ciclo de desarrollo, que ahora cambia su enfoque hacia el consumo y las industrias de servicios, desde industrias pesadas y contaminantes y la manufactura, a través de complejas reformas, hacia la innovación. La China de la mano de obra barata, inversión exterior y orientación de la producción hacia afuera, característica de los años noventa, ya no existe. El aumento de los salarios, indispensable para generar esa clase media que precisa, erosiona la ventaja competitiva de las industrias intensivas y el escenario de una deslocalización en países – y continentes- terceros figura en la agenda como una prioridad, con el complemento del *expertise* chino en la dotación de mejores infraestructuras por doquier.

Por último, el yuan o renminbi, convertido cada vez más en una moneda de referencia a nivel global, simboliza el auge de las finanzas chinas y advierte de cambios inevitables en una arquitectura financiera global a la que Beijing, hoy en gran medida merodeando por su periferia, sumará de lleno su aporte en menos de una década.

Las sombras del desarrollo

Si hubiera que hacer mención de los principales hándicaps de la evolución china de estos años, habría que referirse a dos. En primer lugar, el impulso social; en segundo, la quiebra ambiental.

Ha sido este un cuarto de siglo de una gran transformación demográfica. Más del 50 por ciento de la población de China vive ahora en las ciudades (desde 2011), en comparación con el 18 por ciento de 1978, cuando se inició la política de reforma. La rápida urbanización de las últimas décadas ha generado cambios muy significativos en la economía y la sociedad china. Del 55 por ciento de población que a finales de 2015 vivía en las ciudades, solo menos del 40 por ciento son residentes urbanos registrados. Para 2020, esas cifras quieren elevarse al 60 y 45 por ciento, respectivamente. El país cuenta con una población de 300 millones de trabajadores migrantes, pero a la mayoría de ellos se les niega el "hukou" -permiso de residencia permanente-, por lo que no disfrutan de los mismos derechos a empleo ni servicios de seguridad social y sus hijos no pueden ser admitidos en las escuelas urbanas. Sin el estatus de residencia urbano, los trabajadores migrantes, unos 300 millones, no tienen un sentido de pertenencia en las ciudades y para ellos el conseguir una vivienda urbana no es una opción atrayente.

El cambio ha sido drástico respecto a uno de los asuntos más sensibles, la política del hijo único. La reducción de la mano de obra y el envejecimiento de la población han llevado a enmendar la ley de planificación familiar para animar a las parejas a tener dos descendientes.

Los costes sociales de esta gigantesca transformación han sido elevados. Ciertamente que se ha reducido la pobreza y el nivel de vida ha aumentado, pero el Índice de Desarrollo Humano es el que es (posición 90 en 2014 desde la 103 de 1990) y el coeficiente de Gini (0,47 que algunos elevan hasta el 0,61) alerta sobre la magnitud del problema. Con las actuales reformas, el número de pobres en el país se vio reducido en unos 700 millones de personas, cifra que equivale en torno al 70 por ciento del total de individuos que salieron de esta situación en todo el mundo. Hoy se cifran en unos 70 millones de pobres que deberían superar el umbral en 2020. Los ingresos anuales de 2.300 yuanes (376 dólares) establecen el diferencial interno en este aspecto. Las diferencias de renta (según el Banco Mundial, el 1% de la gente más acaudalada en China acapara el 41,4 por ciento de la riqueza nacional) exigen reformas muy profundas ya que su persistencia y agravamiento constituyen una seria amenaza para la estabilidad política.

Cabe señalar en cualquier caso el giro social aplicado durante el mandato de Hu Jintao. Frente a la consigna de “primero eficacia, después justicia” de Jiang Zemin, la “sociedad armoniosa” de Hu estableció un severo correctivo conceptual al pluralizar las prioridades del régimen y auspiciar un crecimiento socialmente inclusivo y sostenible. La hora de una elemental justicia redistributiva parece haber llegado de la mano de importantes reformas en el sistema de salud, educación y otros servicios públicos que deben permitir alcanzar en 2020 el status de una sociedad acomodada.

En lo que se refiere a las crisis ambientales, los daños han sido cuantiosos y a pesar de que la conciencia ambiental ha mejorado mucho en los últimos años, tanto entre las autoridades como a nivel cívico, llevará su tiempo lograr una mejora apreciable dada la enorme dependencia del país del carbón y otros combustibles fósiles. El costo en salud entre las actuales y próximas generaciones será especialmente gravoso y la recuperación de los entornos dañados plantea retos de no menor enjundia.

Las hipotecas territoriales

China es, en sí mismo, un Estado-continente. Su demografía es bastante homogénea, con una mayoría Han que ronda el 92 por ciento de sus casi 1.400 millones de habitantes. La arquitectura político-territorial distingue entre municipios directamente subordinados al gobierno central, provincias, regiones administrativas especiales y autónomas. Los problemas con las nacionalidades tibetana y uigur no han cedido y hoy el gobierno central enfrenta severos desafíos en las regiones del Oeste del país a los que responde con una doble dosis de represión e inversión en desarrollo. Por otra parte, la reivindicación de una autonomía efectiva y más democracia que suscribe buena parte de la población de Hong Kong ha supuesto un primer revés significativo con el fracaso de la reforma política promovida en 2015 por el gobierno central para elegir directamente pero con restricciones al jefe ejecutivo del enclave.

Por último, cabe mencionar el problema de Taiwan. La fórmula “un país dos sistemas” de Deng Xiaoping no cuaja en Taipei. Si Jiang Zemin fue el artífice del “Consenso de 1992” (una sola China, dos interpretaciones), Hu Jintao dio inicio en 2005 a la “tercera cooperación” entre el PCCh y el KMT que desembocó en el histórico encuentro entre

los líderes de China y Taiwan, Xi Jinping y Ma Ying-jeou, en 2015. Se ha operado un vuelco apreciable en las tensiones a través del Estrecho pero subsisten las dudas sobre la reversibilidad del proceso y de su extensión desde lo económico a lo político. China apostó en Taiwan por una estrategia de intensificación absorbente de la interdependencia económica pero la eclosión del “Movimiento Girasol” (2014) dio cuenta de las desconfianzas y resistencias que el horizonte de la reunificación provoca en buena parte de la sociedad taiwanesa. Si procede tener presente que China nunca renunciará a la recuperación de Taiwan, convendría aceptar la vía pacífica como la única posible. Beijing no renuncia al uso de la fuerza.

Un hueco en el mundo

La percepción de China en el exterior ha dado un vuelco espectacular. Del “taller del mundo” que invadía los mercados por doquier con baratijas hemos pasado a una exportación sostenida de capacidad productiva e industrial con un aumento desmedido de la inversión exterior y un acoplamiento cada vez más sostenido en el sistema económico y financiero global. La creación del BAI (Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras) y proyectos como la revitalización de las rutas de la Seda, en su versión terrestre y marítima, van acompañados de ambiciosas iniciativas que le permitirán aumentar su presencia e influencia. América Latina o África se han sumado al entorno próximo, Asia Central, meridional o el Sudeste asiático, asegurándose una posición económica relevante con independencia del futuro de los acuerdos de liberalización impulsados por EEUU en la zona.

Por otra parte, la promoción de nuevos acrónimos a distinto nivel (BRICS o CICA, OCS, etc.) y plataformas de diálogo regional (China-CELAC, China-África, China-PECO, etc.) sustentados en alianzas con Rusia y otros actores emergentes, le añaden profundidad estratégica y voluntad política para asentar una multipolaridad factual y progresiva. Aun sin consolidar, su diseño e implementación se ha labrado en el último cuarto de siglo.

En el plano de la seguridad, a mayores de la amenaza del terrorismo (que también la azota interna y externamente), en el teatro contiguo de los mares de China debe enfrentar la compleja coexistencia con Japón y EEUU. Washington, secundado por Tokio, Canberra y capitales ribereñas menores, envía buques de guerra y aviones militares en misiones de patrullaje en aguas disputadas. El riesgo de fricción es notorio y creciente y no falta quien señala esta delicada área como el escenario de una hipotética resolución de la trampa de Tucídides que debiera determinar el signo de la potencia hegemónica en el siglo XXI. La combinación de recursos militares, estrategias económicas e iniciativas diplomáticas con el objeto de mantener la supremacía estadounidense en la región rivaliza cada día más con las aspiraciones chinas. Si bien el tiempo de los reinos tributarios ha pasado a mejor vida, utilizando la economía como punta de lanza, el PCCh articula una diplomacia de vecindad con la finalidad de reducir la influencia de Washington en la zona.

China parece decidida a asumir más responsabilidades y hacer valer más su renovada influencia en el escenario mundial. Parte, no obstante, de la consideración de que el orden actual favorece los intereses de EEUU y sus aliados y no tiene intención de plegarse sumisamente a él. Por el contrario, a la vista de que el equilibrio de poder global ha cambiado, sugiere alteraciones progresivas y no traumáticas que actualicen las coordenadas de los tiempos actuales.

Conclusión

Más que ideológico, el del PCCh es un proyecto histórico y cultural. Esa peculiar catarsis dota de argamasa a una comunidad burocrática integrada por casi 90 millones de personas que han logrado recuperar para China una senda de estabilidad y modernidad diferenciada de la occidental.

El proceso de modernización encara una etapa decisiva. En lo económico, en el éxito del cambio en el modelo de desarrollo se juega la culminación del gigantesco esfuerzo realizado, convirtiéndose en una potencia tecnológica capaz de integrar los requerimientos sociales y ambientales denostados en anteriores momentos.

Tiene también en marcha un singular proceso de actualización de su sistema político cuyo principal tabú sigue siendo la occidentalización. Si en 1989 resistió el embate planteado por los estudiantes concentrados en Tiananmen en un contexto internacional que uno a uno parecía defenestrar los partidos comunistas en todo el mundo, ahora, en una coyuntura igualmente compleja pero no tan plausible como la anterior, Xi Jinping se presenta como el líder capaz de afrontar la reforma integral del sistema político chino que torne invencible la hegemonía del PCCh. Ese es su sueño chino.

La quinta modernización propuesta por Xi Jinping asienta, en primer lugar, en la adopción de los elementos beneficiosos de la cultura tradicional china, de su propia experiencia endógena, tan denostada en diferentes periodos de su historia reciente; en segundo lugar, en la capacidad de autoexploración e innovación del propio PCCh a la hora de promover valores propios frente a los valores liberales occidentales, entendiendo por propios en el sentido ideológico los principios asociados a su trayectoria en esta materia, maoísmo incluido, del que no se reniega en absoluto. Incluso en el ámbito económico, a pesar del sesgo liberal de las actuales reformas, se apunta a la resurrección de la olvidada economía política marxista.

Pese a la corrupción y tantos agujeros negros evidenciados en los años transcurridos, el orgullo nacional y la confianza en la prosperidad alcanzada proporcionan a los dirigentes chinos la autoestima suficiente para establecer una hoja de ruta propia que sin desmerecer de una creciente homologación con las economías desarrolladas, no aplicará igual énfasis a una adopción progresiva del sistema político occidental, por más que asuma en lo político conceptos similares como el Estado de derecho o la independencia judicial.

La protección del PCCh frente a la infiltración progresiva de los modos e idearios occidentales es una preocupación estratégica que supone el inicio de un nuevo ciclo que no rehúye la modernización en lo político. Esta es una novedad en relación al legado dejado por los sucesos de 1989. No obstante, esta se basará en una combinación de adaptación semántica, capaz de transmitir cierta sensación matizada de avance pero insistiendo en una senda diferenciada, y un nacionalismo que blinde su derecho a una evolución genuina. Resta por saber si ello es viable con una realidad socioeconómica que parece acelerar una evolución diametralmente opuesta.

Xulio Ríos es director del Observatorio de la Política China, www.politica-china.org